

La nueva ignorancia

Hay una nueva forma de ignorancia: la que genera el conocimiento y no su carencia. A ella se vincula, por lo pronto, una nueva marginación y en el mundo posindustrial se la conoce bien: es la que redundo en el subempleo a que da lugar la rápida obsolescencia del saber altamente especializado. Sus víctimas son hombres y mujeres que habiendo estado en el centro de la demanda laboral hasta hace unos pocos años, hoy no reúnen condiciones profesionales para competir con éxito en el mercado de trabajo. Saben, pero lo que saben ya no sirve. Y no sirve porque ha perdido vigencia tan rápidamente como la alcanzó. Marginados por el desarrollo incesante de una especialización más y más pormenorizada, ellos pasan, de un día para otro y aún en plena juventud, de la vanguardia más deslumbrante y sofisticada a la retaguardia sin remedio. Hoy son taxistas, pizzeros, viajantes, supervisores de emporios comerciales, publicitarios o dueños de un almacén, cuando no empleados de alguna inmobiliaria o agentes de seguros. Consumidos por el ritmo alucinante de un afán de investigación que no cesa de ensanchar sus fronteras y por los imperativos inflexibles de la renovación sin pausa, estos marginados comienzan a serlo en el momento en que ya no se sienten capaces de soportar la enajenación emocional impuesta por la disputa despiadada del poder y los mercados. Un lustro basta y sobra a veces para hacer de un profesional brillante y requerido un hombre sin competencia y angustiado por la falta de recursos para subsistir.

Sin embargo, la nueva ignorancia a la que aludí en un comienzo no es, en primer término, la de estos marginados a los que bien podría llamarse trágicos hijos de Cronos, sino la que genera, con su mismísima vigencia, el saber propio del hiperespecialista. Creo que George Gusdorf está entre quienes mejor han planteado la cruda paradoja impuesta por el saber especializado. «Consiste —escribe él— en que la unidad del ser humano no pueda encontrar su expresión o su reflejo en la unidad del saber humano; este escándalo lógico justifica siempre un renovado interés por la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad».

Se me dirá que en el atrasado escenario de América Latina estas preocupaciones son extemporáneas o, al menos, prematuras. ¿Qué técnico —podría preguntarse— corre el riesgo, entre nosotros, de que el rápido despliegue del saber especializado lo descalifique? Buena parte de nuestros jóvenes al timón de un taxi o sentados a la vera de una mesa en la redacción de una agencia de noticias, de un diario o de una oscura dependencia mi-

nisterial, son ingenieros, biólogos, arquitectos, licenciados en literatura o antropología, que casi nunca llegaron a desempeñarse como tales desde que regresaron de la universidad. Somos —se subrayará— fruto triste de equívocos ancestrales y no de errores contemporáneos, propios de las vanguardias del saber. Y es verdad. Pero conviene, aún así, ser previsores. Si es cierto que aspiramos a dejar de ser lo que somos, no estará de más tener en cuenta el riesgo de caer en lo que no deseamos. Después de todo, no se trata de remozar nuestros pesares. Quiero decir que la necesidad de promover cuanto antes estrategias de desarrollo que nos pongan a cubierto del atraso irreversible, nos coloca tanto ante la necesidad de ganar terreno en el campo de las especializaciones insoslayables como ante la conveniencia de cuidarnos de promover —en nombre del saber— una nueva ignorancia. La que hoy padecemos ha sido generada, en buena medida, por una concepción enciclopedista y retórica del conocimiento. La que podríamos llegar a padecer, si escapamos al pantano del subdesarrollo, es la que genera la hiperespecialización.

El indispensable egreso pleno del marco social, económico y cultural del siglo XIX no tiene porqué efectuarse, en América Latina, a cualquier costo, aún cuando nuestra situación actual sea, casi sin excepciones francamente lamentable. Sobre todo cuando ese costo, asumido irresponsablemente, puede generar tensiones más que favorables para la inestabilidad y el derrumbe del saber del que importa adueñarnos.

Crezcamos, sí, pero estimulados no sólo por los aciertos sino también precavidos por los desaciertos cometidos y muchas veces negados por quienes nos preceden en el camino de la evolución indispensable. No se trata de no cometer errores sino de no repetir necesariamente los que otros cometieron. Se progresa únicamente cuando los errores en que se incurre al avanzar son tan inéditos como los hallazgos que se practican. Ir hacia adelante, por lo tanto, no implica ir detrás de quienes, sin autocrítica, se postulan como líderes homologando el poder del que disponen a la sabiduría de la que carecen. Muchas veces, la dependencia y el servilismo prueban su vigencia a través del ideal de independencia que alientan quienes están sometidos. Si el precio del saber indispensable para el progreso es moral y socialmente injustificable, el conocimiento termina por convertirse en un terrible contrasentido. Es que cuando el hombre, como entidad ética, importa menos que el conocimiento, el interés por el saber pasa a ser un horrendo sucedáneo del amor al prójimo, y conocer mejor equivaldrá entonces, fatalmente, a ser cada vez menos y a deshumanizarse cada vez más. Así, los dilemas de una nueva ignorancia reemplazan a los viejos dilemas impuestos por la ignorancia tradicional. Si no se los comprende y evita, la enajenación que hoy nos enferma cambiará de piel, pero no de sustancia.

Si bien entre nosotros no reina aún la nueva ignorancia acarreada por el afianzamiento social de la tecnología de avanzada, el terreno para su florecimiento ya se encuentra abonado por la propensión al reduccionismo que suele imponer el saber especializado.

Una de las semillas amargas diseminadas en él por la alienación perceptiva que acompaña al saber especializado, cuando éste se muestra hostil a la conciencia de su propio límite, es la inmodestia: ese corolario con el que la estupidez estampa su sello en la frente de quienes confunden la módica porción de realidad que conocen con el todo que olímpicamente ignoran. Así es como proliferan los hombres de ciencias biológicas, físicas, químicas, médicas o matemáticas que no disimulan su desprecio por la tarea de sociólogos,

psicoanalistas e historiadores, en la que no ven sino una labor de charlatanes. De charlatanes —dicho sea de paso— a los que no les van a la zaga poetas, músicos y pintores cuyas obras contemplan, esos mismos sabios, con una mezcla de piedad e impaciencia, como si se tratara de niños obstinados en ocuparles el tiempo con estruendo y tonterías.

De idéntica manera son incontables los artistas que no ocultan su indiferencia, cuando no su desprecio, por las ciencias exactas y las experimentales, suponiendo que no hay en ellas lugar para la creación personal y, menos aún, lugar para los problemas fundamentales del espíritu. Y todo esto sin olvidar el más patético caso de quienes se sienten llamados a usurpar las responsabilidades de todos en todo y resuelven gobernar a los pueblos como una casta elegida por los dioses para el cumplimiento cabal de sus mandatos.

Hay, pues, un corporativismo intelectual, correlato —quizá— del que tanto nos agobia en la vida social, y que se distingue por su poderosa propensión a verse como ombligo del mundo y, cuando puede, como mundo también.

Se trata, en suma, de un asunto decisivo. Bastante, por lo demás, es lo que al respecto ya se sabe, gracias al empeño de autores como Snow, Russell, Heisenberg, Saint-John Perse, Einstein, Thomas Kuhn, Feyerabend, Pessoa y, en la Argentina, Guillermo Boido, Gregorio Klimovsky y Enrique Marí. Todos ellos no sólo han verificado hasta dónde llega el malentendido y el prejuicio en esta materia sino que, también, han sabido probar su absoluta inconsistencia epistemológica.

Hay, además de las referidas, otra forma no menos arraigada del sectarismo intelectual que es la que, dentro del campo del arte, practican los oficientes de una rama en relación a los de otra. Se trata de una manifestación más de la insensibilidad contemporánea que garantiza, con su vigorosa contextura, la buena salud que entre nosotros respaldará, en lo venidero, a la nueva ignorancia. Me refiero a poetas que no ven sino con indiferencia cuanto se produce en el campo de la escultura; a actores que de literatura lo ignoran casi todo y aún a ensayistas que no leen ficción; narradores que detestan el lenguaje de las ideas; poetas a quienes la lectura de la prosa les pesa como una condena, sin olvidar a los escultores para quienes la pintura es cosa nimia y aún músicos, como esos de los que no deja de reírse Juan Carlos Paz en sus *Memorias*, y a los que nada les importa el trabajo de sus propios colegas y coetáneos.

¿Qué implica todo esto? Ya no estamos frente a la polémica desatada entre exponentes de lo que Snow llamó «las dos culturas» (humanistas tradicionales y modernos hombres de ciencia). No estamos, ni siquiera, frente a una polémica. Estamos, más bien, a orillas de un ancho mar de indiferencia recíproca donde navegan, con mutuo desinterés, los creyentes de distintos credos consagrados, sin embargo, a un mismo dios: el de la belleza.

Aferrados con estrechez de miras a las dimensiones exclusivas de su micromundo, justifican, casi todos ellos abiertamente, su desinterés por las artes o las ciencias que no practican, aduciendo que la actividad propia no les da tregua o que, para nutrirla, basta con atenerse a ella.

Este espíritu prepara y legitima, con su extendida vigencia, la proliferación entre nosotros de esa mirada que, fuera de su espacio de competencia laboral específica, no sólo se siente incómoda sino francamente perdida en un horizonte de propuestas cuyo desconocimiento en nada pareciera afectar el buen andamiento de la propia actividad.

¿Pero es así realmente? ¿No se esconde detrás de este celo en apariencia sensato por no exceder el propio campo, una honda insensibilidad hacia el conocimiento del hombre y hacia el reconocimiento de su complejidad; complejidad que, si bien rehúye las clasificaciones apaciguadoras, exige la reflexión vigilante y permanente?

¿Quién puede negar, sin arriesgarse a pasar por ciego, que la atomización del saber sólo puede generar hombres fragmentados? ¿Acaso no lo comprobamos a diario? Debemos estar atentos: de lo minúsculo se ha hecho un universo; del universo, algo minúsculo.

Santiago Kovadloff

